

Sobre esta edición

Presentamos al público de lengua castellana la *Teoría del periodismo* del profesor de la Universidad Federal Fluminense (Río de Janeiro, Brasil) Felipe Pena de Oliveira. Como el propio autor se encarga de recordar, existen multitud de estudios sobre Teoría de la comunicación, pero son bastante escasos los dedicados a la teoría del periodismo propiamente dicha.

Hemos considerado pertinente la traducción de esta obra habida cuenta la notable endogamia académica y bibliográfica que asola los estudios de periodismo en España, algo que quizás se deba a la relativa juventud de esta disciplina académica y a la tradicional incapacidad de los españoles para el aprendizaje y uso de otras lenguas.

La traducción de esta *Teoría del periodismo*, además de aportar nuevas visiones sobre la materia, que a buen seguro serán tenidas en cuenta por los investigadores y docentes del periodismo, aporta frescor a la literatura especializada. Supone una ventana abierta hacia el otro lado del atlántico, por la que se introducirá un universo de concepciones y formas de entender el periodismo diferentes a la propiamente hispana. A pesar de la vecindad de la cultura lusa —portuguesa y brasileña— España lleva mucho tiempo dando la espalda al acontecer cultural de estos países —lo mismo ocurre en lo que concierne al periodismo.

El autor remite al lector a las ideas de importantes teóricos brasileños y portugueses —formados en un entorno cultural y bibliográfico diferente al que están acostumbradas la facultades de periodismo españolas—, nos referimos a investigadores como José Marques de Melo, Nelson Traquina, Nilson Lage o Jorge Pedro Sousa.

El lector se encontrará, a lo largo de estas páginas, con una serie de términos propios del argot periodístico brasileño, tales como *pauteiro*, *apurador*, *setorista*, *nariz de cera*, *barriga*, *lidão* y otros, términos que son destacados en cursivas y con la correspondiente aclaración en nota al pie. Es más, nos consta que alguno de estos términos ya está siendo utilizado por algún afamado columnista cordobés —confidente habitual de esta casa— antes incluso de que este volumen haya visto la luz que se filtra por los escaparates de las librerías.

En lo tocante a la bibliografía manejada por el autor de este libro hemos optado por el sistema más cómodo para el lector (autor, fecha: página). Las referencias que aparecen a lo largo del texto se refieren siempre a la edición consultada por el propio autor, ya sean traducciones al portugués o ediciones originales. El lector podrá encontrar la referencia a la edición original o, en su caso, a la correspondiente traducción al castellano al final del libro, en el capítulo *Referencias bibliográficas*.

Por nuestra parte esto es todo, simplemente esperamos que este libro sea de su agrado.

El Editor.

Introducción: la teoría en la práctica

Cualquier teoría no es más que un reduccionismo. Está en su propia naturaleza. Si voy a teorizar sobre determinado asunto, significa que quiero encuadrarlo bajo un punto de vista determinado. Da lo mismo que para ello utilice los más diversos conceptos y las más diversas metodologías. Al final, mi trabajo supone reducir tales conceptos y metodologías a los límites del propio marco teórico que propongo. No hay solución, es imposible escapar de ese destino. Teorizar es una tentativa desesperada por encuadrar interpretaciones críticas que, observadas desde cualquier otro ángulo, se revelarían mucho más complejas.

Entonces, ¿para qué escribir una teoría del periodismo? Pues por la misma razón por la que se hacen teorías sobre las más diversas áreas del saber: para profundizar en el conocimiento de ellas. Por más que parezca una paradoja, reducir también es ampliar. Cuando reflexiono sobre algún tema, mis métodos de análisis sugieren preguntas que pueden servir para incentivar la creación de otros métodos, los cuales van a generar nuevos cuestionamientos, y así sucesivamente. La pertinencia o no de cualquier investigación radica en las preguntas, y no en las respuestas. Desde el momento mismo en que un investigador tenga conciencia del relativismo teórico y no se aferre a sus propios hermetismos, la teorización puede ser muy útil. Y no hablo únicamente de los círculos académicos. Es más, tal vez sean los propios profesionales del periodismo los mayores beneficiarios de la reflexión crítica sobre su actividad.

Soy consciente de que nosotros, los periodistas, detestamos los academicismos. Pero, ¿podemos realmente prescindir de estudios

críticos sobre nuestra profesión? ¿es nuestro saber un saber autónomo que nos hace autosuficientes? ¿tiene la Prensa tanta credibilidad como para requerir esa autonomía? Estas preguntas están en el centro de los debates sobre la importancia de los estudios periodísticos en la sociedad contemporánea.

El siglo XXI fue inaugurado por el periodismo, con lugar y fecha muy bien definidos: Nueva York, 11 de septiembre de 2001. En los diferentes análisis sobre los atentados contra las Torres Gemelas, medios de comunicación de las más variadas procedencias fueron unánimes en apuntar este hecho como el marco oficial de un triste comienzo de siglo. Hicieron lo que habitualmente hacen: a través de sus lentes mediáticas reconstruyeron los acontecimientos diversas veces, pero ofrecieron al mundo la idea de que lo que estaban viendo era el espejo de la realidad. Y, como historiadores de la actualidad, bautizaron la época que comenzaba. Al final, ¿cómo dudar de las imágenes de la CNN?

La misma pregunta debieron hacerse los autores del ataque a las Torres Gemelas cuando lo estaban planeando. No bastaba con atacar contra el símbolo del imperio capitalista, era preciso que el mundo fuera testigo de ese acto. Y, de este modo, el atentado fue meticulosamente programado para que el segundo avión alcanzase su blanco en un espacio de tiempo suficiente para que las cámaras de televisión lo transmitieran en vivo. El espectáculo del terror encontró su palco. Y los guionistas y directores del mismo fuimos nosotros, los periodistas, desde lo alto de nuestra perenne pretensión de dar testimonio de la historia y ofrecer a los otros mortales la verdad sobre los acontecimientos.

Sin embargo, no sólo fueron los terroristas quienes hicieron uso de la Prensa para sus fines. Dos años después, la vergonzosa cobertura de los medios estadounidenses en la Guerra de Iraq mostró hasta qué nivel puede llegar la manipulación de la información por parte de los gobiernos constituidos. Escarmentada por la Guerra del Vietnam, cuando atrevidos reportajes e imágenes aterradoras cambiaron la opinión pública del país y forzaron la retirada de las tropas del Tío Sam, la Administración Bush inventó la más ultrajante forma de cobertura periodística en toda la historia de la Prensa: los famosos *embedded reporters*. O sea, periodistas que

viajaban en el interior de los tanques del ejército americano y que, obviamente, tan sólo escribían y transmitían aquello que interesaba a sus ‘comandantes-guarda espaldas’.

Inténtese colocar en el lugar de esos reporteros. Su país está en guerra, sus jefes dan soporte al gobierno, la mayoría de la población —ciega por el miedo— apoya al presidente y, por encima de todo eso, usted —reportero— está en medio de tiros y explosiones, en un país extraño, protegido por «Rambos» que hablan en su misma lengua y que, como usted, comen *bacon* con el café de la mañana. Esto, incluso para el más serio y bienintencionado profesional, supone una enorme presión y constreñimiento.

Uno de los pocos periodistas americanos que no se sometió a los dictámenes del pentágono fue condenado durante la guerra. Veterano como reportero en la Guerra del Vietnam, con cincuenta años de profesión a sus espaldas, cuarenta y cinco de ellos como corresponsal de guerra, Peter Arnett fue despedido de la emisora para la que trabajaba tras conceder una entrevista a la cadena iraquí de televisión en la que criticaba las prácticas de la Prensa estadounidense. La presión, por tanto, llegó hasta el extremo de que los mismos periodistas evitaran participar en el paseo por el desierto a bordo de los tanques de George W. Bush.

Peter Arnett, por invitación mía, ha estado ya dos veces en Brasil para pronunciar diferentes conferencias sobre la profesión de periodista. En el epígrafe que dedicaré más adelante a los corresponsales de guerra relataré algunas de las historias que Arnett nos dejó en sus conferencias. Mientras tanto, el ejemplo de la presión que Arnett sufrió durante la Guerra de Iraq, así como el planteamiento mediático de los atentados de Nueva York, nos sirve para ilustrar la importancia que el periodismo asume en este comienzo de siglo. La batalla abierta desde el campo de la comunicación por el control de los corazones y las mentes, es tanto o más importante que la de los fusiles y los cañones.

En la sociedad post-industrial no hay bien más valioso que la información. Los mercados financieros están conectados en tiempo real; los flujos de capital cambian de país en fracciones de segundo, e incluso un sencillo acceso a internet nos coloca ya como integrantes activos del estratégico banco de datos del

mercado global, no es una exageración: es un hecho. Su perfil de consumidor hace ya tiempo que sustituyó a la palabra ciudadano, es mapeado diariamente a través de sus gustos y preferencias registrados por los clics de su ratón en la web. El Gran Hermano, el *Big Brother*, ya existe amigo, y usted está ahí dentro.

La cuestión básica es: si en la época del capitalismo tardío la información es tan estratégica, ¿quienes son sus mediadores? Es en este punto donde el periodismo asume su función más vital, y es por ello que estoy interesado en discutir sus conceptos y teorías en este libro. Con la convergencia tecnológica que supone la hibridación de contextos mediáticos y culturales en flujos de información con velocidades cada vez más aceleradas, el profesional de la prensa precisa tener una formación sólida y específica para asumir su papel de mediador, en otras palabras, el periodista ha de ser un especialista. A nadie le gustaría entrar en un hospital y ser atendido por un contable, o ser defendido en un tribunal por un veterinario, entonces por qué iba a ser diferente con el periodismo.

Ciertamente, me arriesgo a decir que, en la sociedad actual, el periodista debe contar con una especialización mayor incluso que la de un médico o abogado. De la misma forma, doy fe de que los defensores de la desreglamentación de la profesión son los mismos que luchan por el control del flujo de información en los megaconglomerados mediáticos y, por esa razón, no tienen interés en que el espacio público sea mediado por profesionales coherentes y bien formados.

En suma, para ser periodista es preciso estudiar periodismo, y eso es algo que sólo se hace en la universidad. Pero la cuestión es ¿cuál es la formación ideal en las facultades de Periodismo? ¿las disciplinas «técnicas» como la Redacción Periodística y el Periodismo televisivo deben ser privilegiadas? ¿o, por el contrario, el curso debe tener un carácter reflexivo haciendo énfasis en las llamadas disciplinas teóricas? ¿y cuál ha de ser la formación de los profesores? ¿profesionales con experiencia en el oficio o doctores con un gran historial académico? ¿los equipamientos y las instalaciones son fundamentales? ¿cómo debe ser la estructura pedagógica? Estas y otras preguntas se encontraban sobre la mesa del programa de la comisión de especialistas del Ministerio de Educa-

ción de Brasil en 1999, cuando la evaluación de las condiciones de enseñanza de las facultades de Periodismo llegó a unas conclusiones decepcionantes. Más de dos tercios de los cursos fueron calificados como insuficientes entre los tres ítems analizados: cuerpo docente, instalaciones y estructura pedagógica.

Por esa época fui director de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad de Estácio de Sá, en Río de Janeiro, donde la evaluación, en comparación con las demás, deparó mejores resultados. Quedamos entre las tres mejores facultades de Periodismo de Río de Janeiro junto con la UERJ y la PUC. Incluso así, escribí dos artículos para el *Jornal do Brasil* en los que cuestioné los criterios utilizados en dicha evaluación. La principal crítica que hice estaba en relación con las propias preguntas que atravesaban el debate sobre la enseñanza del periodismo, pues no estoy de acuerdo con la dicotomía propuesta.

Los currículos académicos deben articular conjuntamente la teoría y la práctica, y no separarlas en bloques monolíticos sin ningún tipo de interconexión. El alumno no puede ser un mero reproductor de técnicas, pero tampoco puede desconocer las herramientas que utilizará en el desempeño de la profesión. La reflexión académica es fundamental para el desarrollo del pensamiento crítico, pero la docencia debe estar en asociación con la realidad. El ideal es conjugar la experiencia profesional con la reflexión académica. Un ejemplo paradigmático de ello es el proyecto *Comunicar*, dirigido por los profesores Fernando Ferreira y Miguel Pereira en la PUC-Río. En dicho proyecto se seleccionaron alumnos de comunicación para actividades prácticas en las áreas de televisión, prensa, radio y publicidad. Es más, los métodos de trabajo de Ferreira y Pereira me sirvieron de guía para buena parte de las actuaciones que emprendí en el sentido de unir la teoría y la práctica.

El cuerpo de docentes ha de seguir el mismo camino. Y así, son los profesores provinientes del ámbito profesional, con título de licenciado o de doctor, los que poseen el perfil ideal. Y es que incluso en las disciplinas «teóricas» los docentes deben establecer un diálogo con la realidad que circunda a los alumnos. En el curso de periodismo que dirigí más de la mitad de los profesores eran

licenciados o doctores, sin embargo, gran parte de ellos provenían del ámbito profesional. Y esa es la razón por la que teníamos gran facilidad para la implementación de proyectos prácticos en periodismo. Hoy, como profesor del departamento de Comunicación Social de la Universidad Federal Fluminense, escuela pública y de notoria excelencia, me encuentro ante los mismos desafíos. Hay profesores competentes y dedicados a su labor cuya principal preocupación es conectar la producción práctica y la reflexión crítica. En mi caso concreto, doy clases de periodismo televisivo y periodismo político, sin embargo siempre procuro hacer viable la interacción entre la teoría y la práctica siguiendo los preceptos que guiaron mi gestión como director y sub-rector, funciones que ejercí durante cinco años, construyendo y reelaborando currículos académicos de Periodismo.

Por esas fechas reuní a un grupo de investigación académica cuya dirección entregué al doctor Erick Felinto, e iniciamos una serie de actividades prácticas. Los alumnos se encargaban de producir un telediario universitario en vivo, de lunes a viernes, a las 19:00 horas, en el canal comunitario de la NET-Río. Eran responsables de todas las etapas de la producción, desde el guión hasta la presentación del propio telediario, reproduciendo fielmente el ambiente de una redacción televisiva. La diferencia radicaba en que los profesores responsables de la orientación de los estudiantes se afanaban en avanzar en el formato y en el contenido, evitando las fórmulas de los telediarios tradicionales. Además de eso, el curso contaba con una revista mensual, una radio interna, una revista *on line*, cinco programas de televisión en el canal universitario, y cinco periódicos experimentales dirigidos hacia la gran Prensa, en publicaciones como *Jornal do Brasil* y *O Dia*, con tiradas semanales de cerca de cuatrocientos mil ejemplares.

Todos estos proyectos estuvieron supervisados por profesores con gran experiencia académica y profesional. Para el telediario nombré al profesor Fabio Watson, editor ejecutivo de *Globo News*, licenciado en Nueva York mientras ejercía de director de la oficina de *Rede Globo* en esa ciudad. Para la televisión universitaria, la profesora Regina Varella, ex-coordinadora de programación de la *Rede Globo*. Para las publicaciones, el ex-editor de *O Dia*, José Laranjo.

Para la revista *on line*, Adilson Cabral, doctorando en comunicación y *webdesigner*. Para la radio elegí al famoso reportero Genilson Araujo. Para la agencia de publicidad, el profesor Hugo Santos, elegido profesional del año en 1984. Y así con todo.

Cabe recordar que tras la primera ExpoCom, concurso brasileño de productos estudiantiles de Comunicación Social, en la cual participamos en 1999, La Universidad Estácio de Sá recibió el mayor número de premios de entre todas las facultades de comunicación del país: mejor telediario, mejor revista, mejor revista *on line*, mejor fotografía periodística y mejor video publicitario, además del *grand prix* de fotografía. Esto llevó a la revista *Imprensa* a realizar un reportaje con el título «El periodismo se aprende en la práctica». En los años siguientes los premios fueron continuados, y no sólo en Brasil, también en el extranjero. O sea, en la práctica, baso mi teoría en una conjunción de la producción crítica y de la reflexión permanente. En la teoría, la práctica habla por sí misma. Una no tiene sentido sin la otra.

Ciertamente, tal dicotomía no debe incluso ni ser abordada. Es una cuestión superada. Teoría y práctica deben ir de la mano. Punto final. Se trata entonces de cómo articularlas. En los Estados Unidos, por ejemplo, donde la licenciatura de periodismo no es obligatoria para el ejercicio de la profesión, dicha articulación es hecha *a posteriori*. El alumno pasa al menos cuatro años en cualquier curso de grado superior teórico, llamados *undergraduate studies*, y, después, ingresa en un curso de perfil práctico de uno o dos años de duración, una especie de postgraduación (*graduate studies*). En la Universidad de Columbia, en Nueva York, donde fui muy bien recibido por los profesores Josh Friedman y David Klatell, la Graduate School of Journalism ofrece disciplinas prácticas en todas las especialidades y en todos los medios. El alumno construye su propio currículo de acuerdo con el perfil que desea para el desempeño de su actividad profesional.¹

¹ Para obtener una información completa sobre las disciplinas que a este respecto ofrece la Universidad de Columbia, así como los profesores al cargo, puede consultarse el sitio web: <<http://www.jrn.columbia.edu/admissions/programs/courses/>>.

La enseñanza del periodismo en Columbia tiene un carácter eminentemente práctico, sin embargo, en los últimos años el director Nicholas Lemán ha propuesto un sistema híbrido,² orientado también hacia la teoría, haciendo énfasis en disciplinas tales como la Estadística y la Ciencia Política, y dejando la práctica, tanto específica como aplicada para los últimos tres meses de un curso de dos años. Ciertamente, esta propuesta no sólo confirma la opción de no establecer una dicotomía irreconciliable entre la teoría y la práctica, sino de pensar en cómo articularlas.

A propósito de todo esto, el 14 de mayo de 2003, *The New York Times* publicó lo que sigue:

«[...] Una de las propuestas específicas de Lemán es la creación de un curso que examine las diferentes formas de «buscar la verdad», además de abordar los diferentes conocimientos exigidos en áreas como Derecho, Economía, Psicología, Estadística y Filosofía. También sugirió que los alumnos de primer año hicieran cursos sobre Literatura Clásica y grandes pensadores. En el segundo año los alumnos se especializarían en una disciplina concreta, como pueden ser Ciencia, Religión o Economía, y producirían una publicación semejante a las que hacen los alumnos de las facultades de Derecho americanas.»

Este modelo debe ser adoptado en la mayoría de las escuelas americanas. Principalmente, en la Ivy League, asociación de ocho universidades y facultades de buena reputación del nordeste de los Estados Unidos, entre las que se cuentan Columbia, Brown, Harvard, Princeton y Yale. Eso significaría la sustitución del curso de diez meses por otro de dos años al nivel de los *graduate studies*. Mientras tanto, también cuentan con los undergraduate courses en Comunicación Social, cuyo contenido teórico es mucho más parecido a los de los currículos brasileños y europeos.

En el caso de Europa, en la mayoría de los países el diploma no es obligatorio para ejercer la profesión, pero la exigencia académica

² Las discusiones son perennes. No obstante, lo ideal es que nunca deje de discutirse al respecto, pues los currículos han de ser constantemente revalidados.

mica sí es notable. En Francia, por ejemplo, el periodismo suele ser ejercido por intelectuales de renombre, y arrastra una fuerte tradición cultural y política. Buena parte de las publicaciones hacen gala de una identidad y posicionamiento bien definidos. También en Inglaterra abundan periódicos de larga tradición, es el caso de *The Times*; lo que no es óbice para que los tabloides tengan una fuerte presencia. Y es que la isla de Su Majestad es el paraíso de los *paparazzi*.

La historia de cada país tiene una influencia directa en su forma de hacer periodismo. La primera tesis de doctorado sobre la estructura de un periódico fue defendida en la Universidad de Leipzig, en Alemania, en 1690, pero hubo que esperar a 1806 para que la Universidad de Breslau, en Alemania por aquellos años, ofreciera el primer curso sobre la Prensa. El año de fundación de la Escuela Superior de Periodismo de París se remonta a la reciente fecha de 1899.

España cuenta con una de las más famosas escuelas de Periodismo del mundo, su facultad de la Universidad de Navarra, en Pamplona. Hay facultades de periodismo en casi todas las regiones españolas, la mayoría bajo la denominación o título de Comunicación Social o Ciencias de la Información. Lo mismo sucede en Portugal, donde la enseñanza del periodismo es reciente, sin embargo, cuenta con uno de los más competentes teóricos del mundo, el profesor Nelson Traquina, de la Universidade Nova de Lisboa.

En Coimbra, la Universidad portuguesa más antigua, el Instituto de Estudos Jornalísticos fue fundado en la década de los noventa del siglo XX, y continúa aún ligado a la Facultad de Letras. Aun así, es académicamente respetado, pues mezcla la experiencia universitaria de catedráticos, como la profesora Isabel Vargues, y el bagaje profesional de periodistas como José Manuel Portugal, director de la RDP Centro. Las Universidades de Beira Interior y del Miño siguen la misma estela, con profesores de la talla de Antonio Fidalgo, João Caravilhas, Paulo Serra, Helena Sousa y Felisbela Lopes, entre otros.

La enseñanza del periodismo en el mundo entero continúa marcada por la búsqueda de la superación de la dicotomía entre

teoría y práctica, lo que termina reproduciéndose en otra dicotomía, conforme el lector habrá ya percibido: comunicación o periodismo. E incluso no estando de acuerdo con dicha dicotomía, para acercarnos lo máximo posible a los objetivos de este libro, es imposible no abordarla.

En el libro *Historia de las teorías de la comunicación*, Armand y Michèle Mattelart (1997) comentan lo siguiente sobre las dificultades inherentes a este área de estudio:

«La historia de las teorías de la comunicación es la historia de las separaciones y de los diferentes intentos de articular o no términos de lo que con demasiada frecuencia aparece más bajo la forma de dicotomías y oposiciones binarias que de niveles de análisis. Incansablemente, en contextos históricos muy distintos, con variadas fórmulas, estas tensiones y antagonismos, fuentes de medidas de exclusión, no han dejado de manifestarse, delimitando escuelas, corrientes y tendencias.»

Una percepción que encuentra eco en otro famoso teórico, Mauro Wolf (1987):

«De ahí resultó un conjunto de conocimientos, métodos y puntos de vista tan heterogéneos y discordantes, que hacen no sólo difícil, sino también insensato cualquier intento de consecución de una síntesis satisfactoria y exhaustiva.»

En este sentido, Wolf opta por renunciar al estudio de las corrientes de investigación, y expone simplemente lo que él denomina tendencias más difundidas y consolidadas. Y aunque el título de su libro sea *Teorie delle comunicazioni di massa*,* muchos de los conceptos estudiados son los propios de la Teoría del periodismo, como es el caso de la teoría del *agenda setting*, *gatekeeper* o *news-making*, insertos en la perspectiva de la construcción social de la realidad.

* La edición castellana publicada por Ediciones Paidós en 1987, lleva por título *La investigación de la comunicación de masas (N. del E.)*

En verdad, estas dificultades y discordancias se encuentran en el centro de la discusión política sobre el tema. No sólo por la lucha sobre las definiciones y concepciones, sino por la propia división entre los mismos investigadores. Los teóricos de la comunicación se preguntan: entonces, ¿el periodismo no es comunicación? Por tanto, es preciso estudiar la teoría de la comunicación. Sin embargo, para algunas corrientes de profesores de periodismo, dichos estudios están desfasados y son irrelevantes para la formación de los periodistas.

Por mi parte, pienso que algún acercamiento a la teoría de la comunicación deben ser estudiados en los primeros cursos de carrera. No obstante, una formación específica en la teorías del periodismo, según las sistematizaciones propuestas por profesores como Nelson Traquina, Jorge Pedro Sousa, Michael Kunczik, José Marques de Melo y Nilson Lage (que serán tratadas a lo largo de este libro), son imprescindibles para la formación de los futuros profesionales. Y esta es una razón más para escribir el presente texto, además de la ya consabida carencia de publicaciones al respecto. Algo que no ocurre con las teorías de la comunicación, cuya bibliografía es bastante amplia y cuenta con autores brillantes como Muniz Sodré, Antonio Hohlfeldt y Daniel Bougnoux, entre otros.

De forma sintética, la teoría del periodismo se ocupa de dos cuestiones básicas: 1. ¿por qué las noticias son como son? 2. ¿cuáles son los efectos que esas noticias generan? La primera de ellas se preocupa fundamentalmente de la producción periodística y por el estudio de la circulación del 'producto', la noticia. Ésta, a su vez, es el resultado de la interacción histórica y de la combinación de una serie de vectores: personales, culturales, ideológicos, sociales, tecnológicos y mediáticos.

Por lo que a los efectos toca, éstos pueden ser clasificados en efectos afectivos, cognitivos y comportamentales, incidiendo sobre personas, sociedades, culturas y civilizaciones. Pero sin embargo también influyen la propia producción de la noticia, en un movimiento retroactivo de repercusión. En suma, los diversos modelos de análisis se ocupan de la producción y/o de la recepción de la información periodística.

En este libro intento sistematizar las principales cuestiones que se derivan de estos modelos. Pero también quiero incluir otros asuntos que considero pertinentes, como, por ejemplo, las propias técnicas de narración de la noticia y los aspectos semiológicos del discurso periodístico. Además de ello, me encaminaré, tangencialmente, hacia una aproximación histórica, ética y epistemológica del periodismo, así como por las discusiones estilísticas, instrumentales y de género.

Mi propuesta es hacer una introducción pequeña y sencilla que conduzca hacia lecturas más profundas. Nada más, y nada menos. No pretendo agotar ningún asunto ni tener la palabra definitiva sobre nada.

El lenguaje también es diferente a aquel utilizado en mis libros anteriores. Para empezar, está escrito en primera persona del singular, lo que no es habitual en un libro considerado académico. Generalmente, las obras universitarias siguen un rigor estilístico que las vuelve poco atrayentes para el lector. Y eso incluye, además de la fatídica utilización de la primera persona del plural y de una narrativa hermética, una infinidad de notas al pie y de referencias que desvían la lectura e interrumpen la reflexión. Para ser sincero, los textos académicos son áridos, muy áridos. Entonces ¿por qué no intentar, en la medida de lo posible, simplificarlos? En mi caso, al escribir sobre teorías de naturaleza reduccionista y compleja, la misión es mucho más difícil. El recelo de pasar por alto algún procedimiento científico o de no citar correctamente a algún autor es algo que también he tenido que cuidar. Aun así, voy a correr ese riesgo e intentar ser un poco más sencillo.

Todo libro es una obra colectiva, pues se dialoga constantemente con otros autores. Del mismo modo, escribir es y será siempre un acto solitario. No hay compañía frente a la angustia que provoca la página en blanco, lo que es ya un lugar común para los escritores. Entonces, no entiendo por qué los círculos académicos gustan tanto del sujeto «nos» en sus escritos, aun siendo partícipes de conceptos tales como la intertextualidad y la obra abierta, por ejemplo. La primera persona del plural no me suena bien en los artículos teóricos. Resulta artificial, fabricada y, principalmente, confusa. A lo largo de este libro, el sujeto «nos» únicamente se

encontrará para referirse al grupo profesional de los periodistas o al público en general.

Mi opción por la primera persona del singular tiene también otra consecuencia: el uso de algunos ejemplos basados en experiencias personales. No pretendo ser autorreferente. Esos es simple y llanamente un intento más de simplificación, además de tener como objetivo hacer explícitas mis motivaciones ideológicas,³ lo que considero imprescindible para ser honesto con el lector.

De la misma manera, utilizaré muchos textos extraídos de periódicos y revistas, así como cuadros explicativos y metáforas. A lo largo del texto el lector va a encontrarse con frases en cursiva que resumen algunos conceptos clave. Junto a ello, además de las referencias bibliográficas tratadas a lo largo de esta obra, he incluido una bibliografía comentada al final del libro, en donde están relacionados los autores que más influencia han ejercido sobre mí.

La división de los capítulos sigue un orden metodológico propio. Primero, trato los conceptos e hitos históricos más importantes del periodismo, aproximándome a temas como la invención de la prensa, la noticia, el reportaje, las fuentes y la ética, entre otros. Seguidamente, acometo el estudio de las teorías y críticas propiamente dichas, organizadas según mis interpretaciones sobre los autores que leí, y guiadas también hacia nuevos horizontes de interpretación, como por ejemplo, la teoría de los fractales biográficos, que fue el tema de mi tesis doctoral. Por último, relaciono algunas de las tendencias y alternativas que me parecen pertinentes para el buen ejercicio de la profesión. Entre ellas, el reportaje asistido por ordenador, un instrumento tecnológico imprescindible para el periodismo contemporáneo.

Antes de terminar esta introducción, un aviso: a pesar de escribir en primera persona del singular, comparto plenamente la idea de la construcción colectiva del conocimiento. Las teorías no pertenecen a nadie. Son, como mucho, sistematizadas por el investigador. Éste puede incluso tener el derecho a reivindicar la autoría,

³ Entiendo la ideología como un dispositivo simbólico que integra un sistema de ideas que condicionan, consciente o inconscientemente, las interpretaciones y los análisis.

siempre y cuando sea consciente del recorrido colectivo que le llevó a ella. La gran trampa para cualquier escritor que intenta una aproximación teórica es la convicción de ser el dueño de su narrativa. Esa visión lo transforma en un cuerpo extraño al texto, en un mirar externo, inverosímil, que lo distancia del lector.

La posesión del discurso, como denuncia su propia etimología, viene acompañada de un sentimiento de poder cuya principal característica es limitar la obra, dejándola presa de dogmas y conceptos absolutamente cuestionables. Ayúdeme a evitar esa trampa, querido lector. La narrativa en primera persona no es más que un recurso de simplificación, no un sentimiento de poder. Este libro es suyo y de todos aquellos autores por los que está influenciado. Constrúyalo y reconstrúyalo de la manera que mejor le parezca. Corte, recorte; invente; reinvente. Es en este punto donde el sujeto «nos» cobra todo su sentido.